

DISCURSO DE MIJAIL GORBACHOV ANTE LA ASAMBLEA GENERAL DE LA ONU

El Comité Editorial de la Revista POLITICA ha estimado oportuno ofrecer a sus lectores el discurso que el Presidente de la Unión Soviética Mijail Gorbachov pronunciara ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el 7 de diciembre de 1988.

La transcripción no responde a un interés de mera divulgación histórica, por cuanto se podría afirmar —con algún fundamento— que los acontecimientos tanto de la URSS como de Europa del Este, posteriores a esa fecha, han sido muchos y muy significativos. Por el contrario, estimamos que el discurso de Gorbachov ante Naciones Unidas es de una extraordinaria actualidad. En efecto, a diferencia de las primeras lecturas e interpretaciones que de él se hicieron y que apuntaban a la temática del desarme y a la distensión entre las dos grandes potencias, las palabras del líder soviético estaban anunciando cuál sería su posición —y la de su país— frente a una probable democratización política en Europa del Este.

Gorbachov anunciaba el fin de la “doctrina Breznev”, que era aquella que había legitimado las intervenciones soviéticas en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968, consistente en que la URSS se percibía a sí misma como una suerte de guardián armado de los regímenes socialistas. Gorbachov venía a decir que en Europa del Este podrían tener lugar cambios políticos de magnitud, sin que la URSS decidiera intervenir en ellos. Los hechos que comenzaron a darse después, y en particular en el curso de 1989, demostraron que el discurso de diciembre de 1988 había sido en verdad un acontecimiento precursor, sin cuyo conocimiento íntegro, difícilmente se podrán comprender e interpretar cabalmente los sucesos de Europa del Este que han conmovido al mundo.

Estamos aquí para expresar nuestro respeto a la Organización de las Naciones Unidas, que muestra cada vez más su capacidad de ser el centro internacional, único en su género, al servicio de la paz y la seguridad.

Estamos aquí para expresar nuestro respeto a la dignidad de esta organización capaz de acumular la razón colectiva y la voluntad del género humano.

Los acontecimientos corroboran cada vez más que el mundo necesita tal organización, que a su vez requiere que todos sus miembros participen activamente en sus labores, apoyen sus iniciativas y acciones, y enriquezcan la actividad de este organismo en la medida de sus posibilidades y con su aporte original.

Hace poco más de un año, en mi artículo “Realidad y garantías de un mundo seguro”, he expresado varias consideraciones respecto a los problemas que están en el campo visual de la ONU.

La época transcurrida dio nuevo pábulo a las reflexiones. En realidad, en el desarrollo de los acontecimientos mundiales se ha producido un viraje.

Es notorio el papel que la Unión Soviética desempeña en los asuntos mundiales, teniendo en cuenta las reformas revolucionarias que se realizan en nuestro país y que lleva implícito un colosal potencial de paz y de cooperación internacional. Estamos hoy especialmente interesados en ser bien comprendidos.

Por esta razón estamos aquí, para dentro de las paredes de la más prestigiosa organización universal, compartir nuestras reflexiones e informarla, como primera, sobre nuestras nuevas decisiones importantes.

I.

¿Con qué imagen entrará la humanidad al siglo XXI?

Las ideas sobre este futuro no lejano arraigan ya en la mente. Oteamos este futuro esperando lo mejor y al mismo tiempo con alarma.

El mundo en que vivimos hoy se distingue radicalmente del existente a comienzos o incluso a mediados de nuestro siglo. Este mundo sigue cambiando en todas las partes que lo integran.

La aparición del arma nuclear sólo recalcó de manera trágica el carácter fundamental de estos cambios. Como símbolo material y portador de la fuerza militar absoluta, el arma nuclear también puso al desnudo los límites absolutos de esta fuerza.

El problema relativo a la supervivencia, a la autoconservación de la humanidad se ha planteado en toda su dimensión.

Se operan profundísimos avances sociales.

Al proscenio de la historia —sea en el Oriente o en el Sur, en el Occidente o en el Norte— se han promovido centenares de millones de personas, nuevas naciones y Estados, nuevos movimientos sociales e ideologías.

En los amplios movimientos populares, a veces tempestuosos, se manifiesta en toda su dimensión y con toda su contrariedad la aspiración a la independencia, a la democracia y a la justicia social. La idea de democratizar todo el orden mundial se ha convertido en poderosa fuerza político-social.

Al mismo tiempo, la revolución científico-técnica convirtió muchos problemas —económicos, alimentarios, energéticos, ecológicos, de información y demográficos— considerados hace poco aun por nosotros como nacionales o regionales, en problemas globales.

Al parecer, el mundo se ha hecho más visible y perceptible gracias a los modernos medios de comunicación, de difusión masiva y de transporte. Los contactos internacionales se han simplificado de manera extraordinaria.

Hoy es poco probable que se conserven ciertas sociedades “cerradas”. En vista de ello, es necesario reconsiderar resueltamente criterios sobre todo el conjunto de problemas de la cooperación internacional, que es importantísimo elemento de la seguridad global.

La economía mundial se convierte en organismo único, al margen del cual no puede desarrollarse ningún Estado independientemente del sistema social a que pertenezca y del nivel económico.

Este hecho promueve al orden del día la necesidad de elaborar un mecanismo conceptualmente nuevo de funcionamiento de la economía mundial y crear una estructura nueva de la División Internacional del Trabajo.

Al propio tiempo, el desarrollo de la Economía Mundial pone al descubierto las contradicciones y los topes de la industrialización de tipo tradicional. Su propagación “en extensión y en profundidad” lleva a una catástrofe ecológica.

Mas, todavía hay numerosos países con industria subdesarrollada, algunos incluso se encuentran en la etapa preindustrial. ¿Seguirán esos países su avance económico con viejos modelos tecnológicos o se incorporarán hasta la búsqueda de una producción ecológicamente pura? Este es uno de los más importantes problemas. Otro estriba en lo siguiente: El abismo existente entre los Estados industrializados y la mayoría de los en desarrollo no se hace menos profundo, convirtiéndose en una amenaza siempre más seria, de carácter global.

De ahí la necesidad de buscar un progreso industrial nuevo por principio, que responda a las aspiraciones de todos los pueblos y países.

Es decir, las nuevas realidades cambian la situación mundial. Se atenúan o se relegan a un segundo plano las divergencias y contradicciones que heredamos del pasado, pero surgen nuevas. Pierden importancia algunos de los litigios y discrepancias anteriores, pero vienen a sustituir los conflictos de otra índole.

La vida obliga a librarnos de estereotipos, nociones e ilusiones obsoletas. Cambia el propio concepto del carácter y criterios del progreso.

Sería ingenuo pensar que los problemas que atormentan hoy a la humanidad puedan resolverse con métodos y medios que se utilizaban o parecían admisibles antes.

Sí. La humanidad ha acumulado una riquísima experiencia del desarrollo político, económico y social en las más diversas condiciones. Pero esta experiencia pertenece a la praxis y la imagen de un mundo que se está relegando o ya se relegó al pasado.

Este es uno de los rasgos del carácter crucial de la etapa presente de la historia.

Los más grandes filósofos procuraron descubrir las leyes de la evolución de la sociedad, hallar respuesta a la interrogante clave: ¿Cómo hacer feliz, justa y segura la vida del hombre? Las dos grandes revoluciones —la francesa del 1789 y la rusa de 1917— dejaron un poderoso impacto en el carácter mismo del proceso histórico, cambiaron radicalmente la marcha de los acontecimientos mundiales.

Ambas —cada una a su modo— imprimieron un colosal impulso al progreso de la humanidad. Formaron en grado considerable la mentalidad que sigue prevaleciendo por el momento en la conciencia social. Este es un magno acervo espiritual.

Mas hoy ante nuestros ojos está naciendo un nuevo mundo, para el cual debemos buscar nuevas vías conducentes al porvenir. Buscar, desde luego, apoyándonos sobre la experiencia acumulada, pero viendo al propio tiempo las diferencias cardinales entre aquello que había ayer y aquello que sucede hoy.

El carácter innovador de las tareas y su complejidad no se reducen a ello. Hemos entrado en una época en la que la base del progreso la va a constituir el interés universal.

La interlección de este hecho exige que también en la política mundial se dé prioridad a los valores universales.

La historia de los siglos y milenios pasados era una historia de guerras que arrastraron de hecho a todos los países, desembocando a veces en batallas a ultranza, hasta el exterminio mutuo. Su origen estaba en el choque entre los intereses sociales y políticos, en la enemistad entre los pueblos en su incompatibilidad ideológica o religiosa. Así era.

Hasta hoy muchos pretenden presentar como una regularidad ineluctable ese pasado no superado aún.

Sin embargo, paralelamente a las guerras, la enemistad, el aislamiento entre los países y pueblos, se operaba, cobrando impulso, otro proceso objetivo, el de edificación de un mundo interdependiente e íntegro.

Hoy el progreso mundial es posible únicamente mediante la búsqueda de un consenso de toda la humanidad en el avance hacia un nuevo orden mundial.

Hemos llegado a un límite tras el cual la espontaneidad puede llevarnos a un atolladero. La comunidad mundial debe aprender a formar y dirigir los procesos de manera que se logre conservar la civilización, garantizarle la seguridad global y hacerla así favorable para una vida normal. Se trata de una cooperación que se podría denominar más exactamente “creación y desarrollo con esfuerzos aunados”.

La concepción del desarrollo “en detrimento de otro” ya es algo anticuado. A la luz de las realidades actuales es imposible lograr un verdadero progreso en detrimento de los derechos y las libertades del hombre y de los pueblos enteros ni en detrimento de la naturaleza. Para dar solución a los problemas globales se requieren unas nuevas “proporciones” y una nueva “calidad” de la cooperación entre Estados y corrientes políticas, independientemente de sus diferencias ideológicas y de otra índole.

Cae de su peso que los cambios radicales y revolucionarios se seguirán operando dentro de algunos países y estructuras sociales. Así fue y así será siempre.

Pero también aquí la época introduce sus correctivos: los procesos transformadores internos no pueden alcanzar sus objetivos nacionales, desarrollándose solamente “paralelamente” a otros, externos, sin aprovechar los logros del mundo

entero y las posibilidades que brinda la cooperación equitativa. En estas condiciones sería tanto más destructiva para el establecimiento de la paz universal una injerencia en estos procesos internos con el fin de adecuarlos a un modo ajeno.

En el pasado, las diferencias constituían, con frecuencia, un factor de aislamiento. En el presente, es posible convertirlas en un factor de enriquecimiento y atracción mutuos.

Detrás de las diferencias del sistema social, del modo de vida y de los valores están los intereses de uno u otro Estado. Y de ellos es imposible prescindir. Como tampoco es posible prescindir del imperativo, que es ya una condición *sine qua non* para la supervivencia y el progreso, de equilibrar los intereses a escala internacional.

Reflexionando sobre todo ello, se llega a la siguiente conclusión; si queremos tener en cuenta las lecciones del pasado y las realidades del presente y si debemos tomar en consideración la lógica objetiva del desarrollo mundial, es necesario buscar, y con esfuerzos aunados, las vías conducentes al saneamiento de la situación internacional, a la construcción de un nuevo mundo. Si es así, vale la pena acordar las premisas y los principios verdaderamente universales de tal actividad.

Es obvio, por ejemplo, que la fuerza y la amenaza con el uso de la misma no pueden ni deben servir más como instrumento de política exterior. Esto se refiere, en primer lugar, a las armas nucleares. Pero la cuestión consiste no sólo en ellas. Todos los Estados, y sobre todo los más fuertes, han de saber autolimitarse y excluir totalmente el empleo de la fuerza con respecto a otros. Este es el primero y el más importante elemento del mundo no violento como el ideal proclamado por la URSS y la India en la declaración de Nueva Delhi. Ideal al que invitamos a atenerse a los demás.

Además, hoy ya está claro que ningún Estado puede ser omnipotente incrementando la fuerza militar. Es más, haciendo hincapié en la fuerza militar, se debilitan, en definitiva, otros componentes de la Seguridad Nacional.

Para nosotros es incuestionable asimismo la necesidad de observar el principio de la libertad de opción. La renuncia a este principio puede acarrear gravísimas consecuencias para la paz universal. Negar este derecho de los pueblos, cualquiera que sea el pretexto o palabra que se use para ello, significaría atentar contra el equilibrio logrado, aunque sea inestable. La libertad de opción es el principio universal que no debe tener excepciones.

No fueron las buenas intenciones las que nos llevaron a la conclusión sobre la inmutabilidad de este principio, sino que un análisis imparcial de los procesos objetivos de nuestra época, cuyo rasgo cada vez más perceptible pasa a ser la multiplicidad de los modelos de desarrollo social en distintos países, tanto del sistema capitalista como del socialista.

Lo prueba asimismo la diversidad de las estructuras sociopolíticas que en los últimos decenios derivaron de los movimientos de liberación nacional.

Este hecho objetivo presupone el respeto a las ideas y posiciones de otros, la

tolerancia, la voluntad de acoger lo distinto no obligatoriamente como algo malo y adverso, la capacidad de aprender a convivir, siendo diferentes y no conformes en todo.

La autoafirmación de la diversidad del mundo hacen inconsistentes los intentos de echar miradas arrogantes a cuantos nos rodeen y enseñarles un determinado tipo de la democracia, máxime que los valores democráticos “destinados a la exportación” muy a menudo se desvalorizan con suma rapidez.

Así pues, se trata de la unidad dentro de la diversidad. Si lo constatamos en plano político, si confirmamos nuestro apego a la libertad de opción, entonces desaparecerán las ideas de que una Nación se encuentra en la tierra por la “voluntad santa” y una que otra se vio aquí por pura casualidad.

Ya es hora de desembarazarnos de este complejo y de trazar de manera correspondiente la línea política, lo que abriría perspectivas para consolidar la unidad del mundo.

La nueva etapa de desarrollo reclama desideologizar las relaciones internacionales. No estamos abdicando de nuestras convicciones, de nuestra filosofía y tradiciones ni exhortamos a que otros abandonen a los suyos.

Pero tampoco tenemos la intención de encerrarnos dentro de nuestros valores, lo que supondría una degeneración espiritual, pues significaría la renuncia a un potente agente del desarrollo como el intercambio de todo lo original que viene creando cada Nación.

Que en el curso de tal intercambio cada nación pruebe las ventajas del régimen, del modo de vida y de los valores que tiene, pero que lo haga no sólo mediante palabras y la propaganda, sino que sea con hechos concretos.

Precisamente así concebimos una honesta lucha ideológica. Pero ésta no debe ser extendida a las relaciones entre los Estados; de lo contrario seríamos incapaces de resolver ninguno de los problemas mundiales:

Promover una amplia, provechosa y justa colaboración entre los pueblos;

Aprovechar racionalmente los adelantos de la revolución científico-técnica;

Liquidar el subdesarrollo, acabar con el hambre, las enfermedades, el analfabetismo y con otros males de igual magnitud;

Y, por supuesto, no conseguiríamos liquidar la amenaza nuclear y el militarismo.

Así vemos las leyes del desarrollo mundial en el umbral del siglo XXI.

No tenemos la intención de pretender la verdad absoluta. Pero tras un análisis minucioso de las realidades de antaño y de hoy hemos llegado a la conclusión de que debemos atenernos precisamente a tales criterios para ir buscando de mancomún el camino hacia la primacía de la idea universal sobre una multitud de las fuerzas centrífugas, hacia la conservación de la vitalidad de nuestra civilización que es, quizá, la única en el universo.

¿Acaso hay aquí cierta dosis de lo romántico? ¿Acaso exageramos las posibilidades y el grado de madurez de la conciencia social en el mundo? Tales dudas y tales interrogantes se dejan oír en nuestra propia casa y en boca de algunos interlocutores occidentales.

Estoy seguro de que no nos apartamos de las realidades.

En el mundo se han formado las fuerzas que de una u otra manera mueven a entrar en el período de paz. Las naciones, los amplios círculos de los medios sociales, en efecto, anhelan vehementemente las mejoras en el mundo, quieren aprender a colaborar. En ocasiones, incluso sorprende lo fuerte que es tal tendencia. Importa asimismo que tales ánimos empiecen a transformarse en política.

Los cambios que han sufrido los enfoques filosóficos y las relaciones políticas constituyen una importante premisa para dar, con base en los objetivos, procesos universales, un poderoso impulso a los esfuerzos que se hacen por establecer nuevas relaciones entre los Estados.

A este respecto, van cambiando de actitud hasta los políticos que en su tiempo se mostraban adeptos de la “guerra fría” e incluso artífices de sus momentos más graves. Les será muy duro renunciar a los estereotipos y a sus viejas prácticas. Pero si hasta ellos hacen una vuelta en redondo, es obvio que con el advenimiento de nuevas generaciones las condiciones se harán aún más propicias.

Total que la conciencia de la necesidad de salvaguardar la paz va abriéndose camino y convirtiéndose en una tendencia predominante. Como resultado, se ha hecho posible dar los primeros pasos para sanear la situación internacional e impulsar el desarme.

Veamos en qué se traduce ello en la práctica. Lo más lógico y racional sería no renunciar a todo lo positivo que se ha logrado, haciendo avanzar todo lo saludable que con los esfuerzos aunados se haya alcanzado estos últimos años.

Me refiero al proceso negociador que se mantiene sobre problemas del armamento nuclear, de las armas convencionales y químicas, y a la búsqueda de enfoques colectivos con el fin de hacer cesar los conflictos regionales. Y también me refiero, ante todo, al diálogo político, más intenso y abierto, que busca resolver el problema a fondo en vez de la confrontación, intercambiar criterios constructivos en vez de acusaciones recíprocas. El proceso negociador no avanzará sin diálogo político.

A nuestro modo de ver, existen perspectivas felices para un futuro inmediato y más lejano. Vean el cambio que han sufrido nuestras relaciones con los EE.UU. Poco a poco hemos venido logrando el mutuo entendimiento, han surgido elementos de la confianza mutua, sin lo cual es imposible avanzar en política.

Europa ofrece aún más elementos positivos. El proceso de Helsinki es un gran proceso. Creo que sigue conservando su vigencia actual. Se lo debe conservar y ahondar en todos los aspectos: en lo filosófico, lo político y lo práctico, pero teniendo presente nuevas circunstancias.

Las realidades del día de hoy son tales que un diálogo que asegure una marcha normal y constructiva del proceso internacional requiere de una participación constante y activa de todos los países y regiones del mundo: tanto de países de primera magnitud como la India, China, Japón, Brasil, como de otros muchos, grandes, medianos y pequeños.

Soy partidario de dinamizar el diálogo político, de darle un contenido más sustancial, de consolidar las premisas políticas indispensables para mejorar el clima internacional. Entonces será más fácil dar solución a muchos problemas, la tarea es bien ardua, pero es indispensable acometerla. Todos deben participar en el movimiento hacia una mayor unidad del mundo.

Ello es muy importante ahora que llega a un momento de extrema importancia, en que se plantea el problema de asegurar la solidaridad del mundo, la estabilidad y el carácter dinámico de las relaciones internacionales.

No obstante, al conversar con estadistas y políticos extranjeros —he tenido más de 200 charlas de esta clase— yo sentía a veces su insatisfacción por el hecho de que en esta etapa trascendental en ocasiones se ven, por una u otra razón, al margen de los fundamentales asuntos de la política mundial. Resulta lógico y correcto que nadie quiera conformarse con ello.

Si constituimos partes —distintas, eso sí— de una misma civilización, si estamos conscientes de la integridad del mundo de hoy, esta conciencia nuestra debe estar presente cada vez más en la política y en los esfuerzos prácticos por armonizar las relaciones internacionales. Es posible que en este caso concreto no sea muy adecuado el término “Perestroika” pero sí me muestro partidario de las nuevas relaciones internacionales.

Estoy convencido de que en nuestra época, las realidades del mundo contemporáneo, plantean la necesidad de internacionalizar el diálogo y el proceso de las negociaciones. Es la generalización fundamental que hicimos participando en la política internacional y el analizar los procesos que en estos últimos tiempos van cobrando vigor en el mundo.

En este concreto contexto histórico deberíamos definir el nuevo papel de las Naciones Unidas. Consideramos necesario que los Estados replanteen su actitud hacia este instrumento singular, sin el cual la política internacional resulta ya inconcebible. Al activar su gestión pacificadora, la ONU ha demostrado últimamente su capacidad de ayudar a los Estados miembros a contrarrestar las amenazas de la época para humanizar las relaciones internacionales. A penas creada, la organización tuvo que hacer frente a las presiones de la “guerra fría” y, lamentablemente, se convirtió por largos años en campo de batallas propagandísticas, campo en que se cultivaba la confrontación política. Incumbe a los historiadores debatir quién es culpable de haber creado una contradicción entre la política de la ONU y su destinación original. Los políticos de hoy deberíamos tomar en consideración las lecciones de la historia. Una de las lecciones más amargas e importantes es la lista interminable de oportunidades desaprovechadas que, en cierta etapa, perjudicaron el prestigio de la ONU y frustraron muchas de sus iniciativas.

La revitalización de la ONU está relacionada con el mejoramiento del clima internacional, y es un hecho remarcable. Las Naciones Unidas acumulan los intereses de diversos países y es la única organización capaz de converger todos los intereses —bilaterales, regionales y globales.

Actualmente, en todas las esferas que incumben a la ONU —política, militar, económica, tecnocientífica, ecológica y humanitaria—, se presentan nuevas oportunidades. Tomemos como ejemplo el problema de desarrollo que tiene carácter global.

Las condiciones infrahumanas en que viven decenas de millones de hombres en algunos países del Tercer Mundo constituyen una amenaza para toda la humanidad.

Ninguna entidad cerrada, bien sea una asociación regional de los Estados con toda la importancia que tiene, podrá desatar los nudos que se han formado en las líneas principales del sistema económico mundial: Norte-Sur, Este-Oeste, Sur-Sur, Sur-Este, Este-Este. Es necesario aunar los esfuerzos, tomar en consideración los intereses de todos, y sólo la ONU es capaz de hacerlo.

El problema más espinoso es la deuda externa. No olvidemos que la prosperidad para buena parte de la comunidad internacional fue financiada, a costa de enormes pérdidas y sacrificios, por los países tercermundistas. Ha llegado la hora de compensar las privaciones que supuso para ellos esta trascendental y dramática aportación al progreso material del mundo. Estamos convencidos de que la solución radica en la internacionalización de enfoques. Si somos realistas, debemos reconocer que la deuda es impagable e incobrable bajo las condiciones en que se contrajo. La Unión Soviética está dispuesta a declarar moratoria a largo plazo, hasta 100 años, sobre el pago de la deuda de los países menos desarrollados, y en algunos casos, a condonarla.

En lo que se refiere a otros países en vías de desarrollo, proponemos lo siguiente:

- Restringir el pago de la deuda oficial, de acuerdo con los indicadores del desarrollo económico de cada país deudor o prorrogar a largo plazo el pago de buena parte de la deuda;
- Apoyar a la UNCTAD que llama a reducir la deuda contraída con los bancos comerciales;
- Garantizar el apoyo gubernamental a los mecanismos de mercado que contribuyen a resolver el problema de la deuda y fundar una organización internacional que se encargue de comprar los títulos de la deuda a precios rebajados.

La URSS se pronuncia por una discusión constructiva de este problema en diferentes foros internacionales, incluidas las consultas que se celebran bajo los auspicios de la ONU entre los jefes de gobierno de países acreedores y deudores.

La seguridad económica internacional es inconcebible sin el desarme, sin que la humanidad haya eliminado el peligro ecológico. En algunas regiones las situación medioambiental es espeluznante. La ONU plantea celebrar en 1992 una

conferencia sobre el medio ambiente. Aplaudiendo esta decisión, la Unión Soviética espera que el foro dará resultados adecuados a las proporciones del problema. Mientras tanto, el tiempo apremia. Diferentes países se esfuerzan por resolver el problema ecológico, y en este discurso sólo quisiera hacer hincapié en las oportunidades que brinda para ello el desarme, ante todo, el desarme nuclear.

Deberíamos pensar, asimismo, en la posibilidad de crear en la ONU un centro de socorro ecológico, que enviaría con urgencia grupos de expertos internacionales en el caso de un grave deterioro de la situación medioambiental en determinada región.

Además, la Unión Soviética está dispuesta a colaborar en la creación de un laboratorio espacial o nave orbital con tripulación internacional que se dedicaría exclusivamente al control medioambiental.

En la exploración del espacio se manifiestan con siempre mayor nitidez los rasgos de la futura industria espacial.

Es conocida la posición que mantiene al respecto la Unión Soviética: la actividad en el espacio debe excluir que allí se coloquen armas. Para eso es necesario elaborar un fundamento jurídico. Ya disponemos de una base para ello: el resultado de 1967 y otros convenios.

Sin embargo, ya ha madurado la necesidad de elaborar también un régimen global de la actividad pacífica en el espacio. Incumbe controlar su observancia a una organización espacial mundial.

En más de una ocasión promovimos la propuesta de fundarla. Estamos dispuestos a incluir en el sistema de tal organización también nuestra estación de radar de Kransnoyarsk. Ya se adoptó la decisión de transferirla a disposición de la Academia de Ciencias de la URSS.

Los científicos soviéticos están listos a recibir a colegas extranjeros y debatir con ellos cómo transformarlo en un centro internacional de cooperación pacífica, desmantelando y modificando algunas instalaciones y completándolo con los equipos que faltan.

Todo ese sistema podría funcionar bajo el égida de la ONU.

El mundo entero aplaude los esfuerzos que desarrollan la ONU, su secretario general, Pérez de Cuéllar, y su enviados especiales con miras a deshacer los nudos regionales.

Permítanme que dedique un poco más de atención a este tema. Parafraseando las líneas poéticas que Hemingway tomó de epígrafe para su famosa novela, diré: La campana de todo conflicto regional dobla por todos nosotros.

En eso hay mucha razón, puesto que los conflictos en cuestión estallan en el Tercer Mundo, el que ya de por sí enfrenta numerosos problemas y calamidades de una envergadura que no puede menos que preocuparnos a todos.

El año 1988 ha traído un rayo de esperanza en este sentido. Su luz ha

iluminado de hecho todas las regiones en que existen situaciones críticas, en algunas ya hay cambios positivos. Los aplaudimos. Contribuimos a alcanzarlos dentro de nuestras posibilidades.

Me limitaré a comentar sólo en el caso de Afganistán. Los acuerdos de Ginebra, cuyos principios y cuya importancia práctica obtuvieron alta valoración en el mundo entero, hacían posible concluir el proceso de arreglo ya este año. Mas no se ha logrado hacerlo. Y este hecho lementable vuelve a recordar la significación política, jurídica y moral de la antigua máxima romana: *pacta sunt servanda*.

No quiero utilizar esta tribuna para hacer reproches a nadie. Pero nos parece que, dentro de las competencias de la ONU, se podría complementar la resolución de noviembre de la Asamblea General con algunas medidas concretas. Según se dice en la resolución, "para que los propios afganos den una solución global e inmediata al problema de la creación de un gobierno con amplia base social", proponemos hacer lo siguiente:

- A partir del 1 de enero de 1989 cesar completamente el fuego y las operaciones ofensivas o los tiroteos, dejando bajo control de los grupos facciosos —mientras duren las negociaciones— los territorios que se hallan instalados;
- Cesar desde el mismo día los suministros de armas a todas las partes en conflicto;
- Mientras se esté formando el gobierno de amplia coalición, previsto en la resolución de la Asamblea General, enviar a Kabul y a otros centros estratégicos del país un contingente de fuerzas de la ONU para el mantenimiento de la paz;
- Nos dirigimos al secretario general de la ONU con la petición de que haga las gestiones necesarias para celebrar lo antes posible una conferencia internacional sobre la neutralidad y la desmilitarización de Afganistán.

Seguiremos ayudando activamente a restaurar las heridas de la guerra y estamos dispuestos a cooperar en este asunto tanto con la ONU como en términos bilaterales. Apoyamos la propuesta de crear bajo los auspicios de la ONU un cuerpo voluntario internacional de la paz para colaborar en la reestructuración de Afganistán.

Respecto a la problemática del arreglo de los conflictos regionales considero ineludible mencionar un grave incidente ocurrido hace poco en relación con las labores de la presente sesión. Las autoridades de los EE.UU. impidieron la entrada en el país, para intervenir ante la Asamblea General, del representante de una organización con status de observador permanente ante la ONU. Me refiero a Yasser Arafat. Esto se produce en un momento en que la Organización para la Liberación de Palestina acaba de dar un importante paso constructivo que facilita la búsqueda de soluciones para deshacer el nudo de problemas en Cercano Oriente con la participación del Consejo de Seguridad de la ONU. Esto se produce en un momento en el que se perfila una tendencia positiva hacia el arreglo político de otros conflictos regionales, arreglo que en algunos casos cuenta con la cooperación de la URSS y los EE.UU. Lamentamos mucho lo ocurrido y expresamos nuestra solidaridad con la Organización para la Liberación de Palestina.

La concepción de la seguridad internacional global se basa en los principios de la carta de la ONU y en el reconocimiento del derecho internacional como referencia obligatoria para los Estados. Abogando por la desmilitarización de las relaciones internacionales, queremos ver los métodos políticos y jurídicos primando en la solución de los problemas que surgen. Nuestro ideal es una comunidad de Estados de derecho que también en su política exterior hagan primar el derecho.

Al hacerlo realidad contribuirán a la unificación, por acuerdo en el marco de la ONU, de la interpretación de los principios y de las normas del derecho internacional, su codificación con arreglo a las nuevas condiciones, así como la elaboración de nuevas normas reguladoras para las nuevas esferas de la cooperación.

En el siglo nuclear, la operancia del derecho internacional no debe basarse en el cumplimiento coactivo sino en unas normas que reflejen el equilibrio de intereses de los Estados. Junto con la creciente conciencia de la comunidad de destinos, ello haría que cada Estado se sintiera estimulado para autoeliminarse mediante el derecho internacional.

La democratización de las relaciones internacionales significa no sólo la máxima internacionalización de las soluciones de los problemas que conciernen a todos los miembros de la comunidad mundial: significa también humanización de dichas relaciones. Estas últimas reflejarán plenamente los verdaderos intereses de los pueblos y servirán con fidelidad a la causa de la seguridad universal siempre y cuando el hombre, sus preocupaciones, derechos y libertades, sean la medida de todo.

En ese contexto quisiera asociar la voz de mi país a las altas valoraciones que se dan al significado de la Declaración Universal de Derechos Humanos, adoptada hace 40 años, el 10 de diciembre de 1948.

Este documento conserva su vigencia hasta ahora. En él también ha tenido su expresión el carácter universal de los objetivos y las tareas de la ONU. Lo más apropiado que puede hacer un Estado para conmemorar el 40º aniversario de dicha declaración, es mejorar las condiciones para la observancia y la protección de los derechos de sus ciudadanos.

Antes de referirme a los pasos que últimamente hemos dado en ese sentido, quisiera decir lo siguiente: nuestro país atraviesa por un momento verdaderamente revolucionario. El proceso renovador va cobrando fuerza. Hemos comenzado por elaborar una concepción teórica de la "Perestroika". Había que valorar el carácter y la envergadura de los problemas, analizar las enseñanzas del pasado y expresarlo todo en forma de conclusiones y programas políticos. Y así lo hemos hecho. Pero el trabajo teórico, la reconsideración de lo que está ocurriendo, el desarrollo y la corrección de las posturas políticas, lejos de acabar, continúan.

Era sumamente importante comenzar por una concepción general, la cual, como lo demuestra la experiencia de los últimos años, es correcta en lo fundamental y no tiene alternativa. Para incorporar a la sociedad a la realización de los planes

reformadores se ha necesitado democratizarla de hecho. Al calor de la democratización, la "Perestroika" se ha extendido a la política, la economía, la vida cultural y la ideología.

Hemos desplegado una radical reforma económica. Ya hemos atesorado cierta experiencia, y a partir del año nuevo toda nuestra economía adoptará nuevas formas y métodos de trabajo, todo lo cual implica una drástica reorganización de las relaciones de producción y un mejor aprovechamiento del enorme potencial inherente a la prosperidad socialista.

Al acometer estas transformaciones audaces y revolucionarias, estábamos conscientes de que habría errores, habría quien opusiera resistencia, de que este nuevo estilo de vida originaría nuevos problemas. También preveíamos la posibilidad de estancamiento en algunos aspectos.

No obstante, la profunda reforma democrática de todo el sistema de poder y administración, es garantía segura de que el proceso general de renovaciones avanzará y ganará en fuerza.

Con los recientes acuerdos del Soviet Supremo de la URSS sobre enmiendas a la Constitución y con la adopción de la ley de las elecciones hemos finalizado la primera etapa del proceso de reforma política.

Y sin más tiempo para pensar, hemos entrado en la segunda etapa de la reforma, en la cual lo fundamental será establecer las relaciones entre el centro y las repúblicas, arreglar las relaciones intertécnicas sobre principios del internacionalismo leninista, principios que nos han sido legados por la Gran Revolución, y, además, reorganizar el poder de los soviets en toda la geografía nacional.

Tenemos que abordar una labor ingente, cumpliendo simultáneamente grandiosas tareas. Estamos seguros de que en esta labor el éxito nos va a acompañar. Contamos con la teoría, la política y la fuerza motriz del proceso de renovación: el partido que se renueva en función de las nuevas tareas y transformaciones radicales en toda la sociedad. Lo más importante es que todos los pueblos y todas las generaciones de nuestro gran país aboguen por este proceso.

Nos hemos adentrado bastante en el proceso de construcción del Estado socialista de derecho. Toda una serie de nuevas leyes está preparada o en etapa de preparación. Muchas leyes entrarán en vigor ya en 1989 y, según esperamos, responderán a los más altos criterios de la garantía de los derechos del individuo.

La democracia soviética contará con una sólida base legal. Se trata de actos como las leyes que aseguran la libertad de conciencia, la apertura informativa, las leyes sobre las asociaciones y organizaciones de masas, y otras muchas.

En nuestras prisiones no hay reclusos condenados por sus credos políticos o religiosos. Se piensa incluir en los proyectos de nuevas leyes más garantías para evitar toda forma de persecución por estos motivos. Ello no se aplica, desde luego, a quienes hayan cometido un delito común o un crimen contra el Estado (espionaje, actos de sabotaje, terrorismo, etc.), sin importar los criterios políticos o ideológicos que los sustenten.

El proyecto de cambios en el código penal está redactado y espera ser puesto sobre el tapete. Lo que se revisa son, correctamente, los artículos relacionados con la aplicación de la pena capital.

En un espíritu de humanitarismo se resuelve el problema de la salida y la entrada, concretamente el relativo a la salida al extranjero al objeto de la reunificación con familiares. Como se sabe, una de las razones por la que a algunos ciudadanos se les niega la salida consiste en que ellos son portadores de secretos de Estado.

En el momento de entrar a trabajar en ciertas instituciones o empresas, a cada cual se le notificará esta regla. Cualquier litigio que surja puede ser arreglado según la ley. De esta forma se retira del orden del día el problema de los llamados "refuseinks".

Nos proponemos ampliar la participación de la Unión Soviética en los mecanismos de control de los Derechos Humanos, adjuntos a la ONU, y en el marco del proceso paneuropeo. Consideramos que la jurisdicción de la Corte Internacional de Justicia en La Haya, respecto a la interpretación y aplicación de convenios en materia de Derechos Humanos, debe ser extensiva a todos los Estados.

En el contexto del proceso de Helsinki, consideramos la eliminación de interferencias para los programas de todas las emisoras extranjeras que trabajan hacia la Unión Soviética.

En general, nuestro credo es el siguiente: resolver los problemas políticos sólo con medios políticos, y los problemas humanos, con métodos humanos.

II.

Ahora me referiré a lo principal, al desarme, sin el cual no podrán ser resueltos ninguno de los problemas del siglo entrante.

La carrera armamentista y la militarización de la mentalidad ha deformado el desarrollo internacional y la comunicación.

Como se sabe, el 15 de enero de 1986, la Unión Soviética presentó el programa de edificar un mundo desnuclearizado. Su materialización en reales posiciones negociadoras ha dado ya sus frutos reales.

Mañana se cumplirá el primer aniversario de la firma del tratado para eliminar los misiles de alcance intermedio. Con mayor satisfacción digo que este tratado —la eliminación de misiles— se realiza normalmente, en un espíritu de confianza y con sentido práctico.

En el muro de recelos y enemistad, al parecer infranqueable, se ha abierto una inmensa brecha. Ante nuestros ojos surge una nueva realidad histórica: el viraje del principio de superarmamento al principio de suficiencia razonable.

Asistimos a los primeros brotes de un nuevo modelo de garantía de la

seguridad, que se forme no mediante el aumento de armamentos, como ha sido casi siempre, sino, al contrario, a costa de su reducción con base en compromiso.

La dirección soviética ha decidido volver a demostrar su disposición de fortalecer este proceso sano no sólo de palabra, sino también de hecho.

Hoy puedo informarles a ustedes de la decisión tomada por la Unión Soviética de reducir sus fuerzas armadas.

En los dos próximos años, sus efectivos disminuirán en 500 mil, y se reducirá sustancialmente la cantidad de armamentos convencionales. Estas reducciones serán efectuadas en orden unilateral, al margen de las negociaciones que se sostienen según el mandato del encuentro en Viena.

Con previo acuerdo de nuestros aliados en el tratado de Varsovia, hemos tomado la decisión de retirar, hacia el año 1991, seis divisiones de tanques acantonadas en la RDA, Checoslovaquia y Hungría, y de disolverlas.

De los grupos de tropas soviéticas, estacionadas en estos país, serán eliminadas las unidades de desembarco y asalto, así como otras unidades, comprendidas las de desembarco y transporte con su respectivo armamento y material bélico.

Las tropas soviéticas emplazadas en estos países serán reducidas en 50 mil efectivos, y los armamentos, en cinco mil tanques.

Todas las divisiones soviéticas que quedan aún en territorio de nuestros aliados, cambiaron de estructura. Tendrán una estructura distinta a la actual, que, después de eliminado un considerable número de tanques, se hará inequívocamente defensiva.

Simultáneamente reduciremos efectivos de las tropas y armamentos en la parte europea de la URSS.

En total, en esta parte de nuestro país y en territorio de nuestros aliados europeos, las fuerzas armadas soviéticas serán reducidas en 10 mil tanques, 8.500 sistemas de artillería y 800 aviones de guerra.

En estos dos años nos proponemos reducir sustancialmente las fuerzas armadas en la parte asiática del país. Por acuerdo con el Gobierno de Mongolia, una buena parte de las tropas soviéticas que se encuentran provisionalmente en este país regresarán a la patria.

Estas decisiones de excepcional importancia tomadas por los dirigentes soviéticos expresan la voluntad del pueblo enfrascado en la profunda renovación de la sociedad socialista.

Seguiremos manteniendo el poder defensivo del país a nivel de insuficiencia razonable y segura para que nadie caiga en la tentación de atentar contra la seguridad de la URSS y de sus aliados.

Con esta acción nuestra, igual que con toda la actividad a favor de la desmilitarización de las relaciones internacionales, quisiéramos llamar la atención

de la comunidad mundial a otro problema de actualidad: al paso de la economía de armamentos a la de desarme.

¿Es factible la reconversión de la industria bélica? En otras ocasiones ya abordé el tema en cuestión. Consideramos que este proyecto es factible.

Por su parte, la Unión Soviética está dispuesta a:

- Elaborar, en el marco de la reforma económica, y presentar el plan interno de la reconversión;
- En el transcurso de 1989 preparar, a título de experimento, los planes de reconversión de dos o tres industrias de guerra;
- Hacer públicas nuestras experiencias de recolocación de especialistas ocupados en la industria de guerra, así como del aprovechamiento de sus equipos, instalaciones y edificios en los sectores civiles de la industria.

Sería deseable que todas las naciones, en primer término, las importantes potencias militares, presenten a la ONU sus planes nacionales en materia de reconversión.

Sería útil formar un equipo de científicos que tras hacer un análisis profundo de los problemas de reconversión en su conjunto respecto a determinados países y regiones, presenten un informe correspondiente al secretario general de la ONU. Luego, sugerimos examinar este tema en una sesión de la Asamblea General.

III.

La última cosa a que quisiera referirme. Encontrándome en suelo norteamericano y por otros motivos bien comprensibles, es ineludible que aborde el tema de nuestras relaciones con este gran país. Pude apreciar su hospitalidad en su justo valor durante mi memorable visita a Washington hace exactamente un año.

Las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América tiene una historia de cinco decenios y medio. Iba cambiando el mundo e iban cambiando el carácter, el papel y el lugar de estas relaciones en la política mundial. Durante demasiado tiempo estuvieron marcadas por el signo de confrontación y, a veces, de animadversión abierta o encubierta.

Sin embargo, en los últimos años, gracias a las mejoras en los contenidos y la forma de las relaciones entre Moscú y Washington, el mundo experimentó cierto alivio.

Nadie tiene la intención de minimizar la seriedad de nuestras divergencias y dificultades en los problemas pendientes de solución. Sin embargo, ya hemos pasado las clases primarias de entendimiento y de búsqueda de soluciones en interés de nuestros pueblos y de los de todo el mundo.

La URSS y EE.UU. crearon los más ingentes arsenales nucleares. Precisamente estos países, al hacerse cargo de su responsabilidad, resultaron ser los

primeros en firmar el tratado sobre la reducción y la destrucción física de una parte de sus armamentos que encerraban la amenaza tanto para ellos mismos como para todos los demás.

Ambos países poseen las más grandes cantidades de las armas secretas más sofisticadas. Pero precisamente estos países han fundamentado y vienen desarrollando el sistema de control sobre destrucción, limitación y prohibición de tales armas. Estos países precisamente vienen acumulando la experiencia para los futuros acuerdos tanto bilaterales como multilaterales.

Y esto lo apreciamos debidamente. Reconocemos y apreciamos el aporte hecho por el presidente Reagan y los miembros de su administración, sobre todo, por el señor George Shultz. Todo ello es un capital invertido conjuntamente en una empresa de importancia histórica. Este capital no debe ser malgastado ni dejado fuera de la circulación.

La nueva administración de los EE.UU., encabezada por el presidente George Bush, encontrará en nosotros a un socio dispuesto a continuar, sin pausas largas ni marchas atrás, el diálogo con base en realismo, apertura y buena voluntad, con el deseo de obtener resultados concretos, según la agenda que abarque los problemas claves de las relaciones soviético-norteamericanas y de la política internacional.

Se trata, ante todo, de los siguientes aspectos:

- Avanzar consecuentemente a la firma de un acuerdo sobre la reducción en el 50% de las armas estratégicas, manteniendo intacto el tratado ABM;
- Elaborar una convención sobre la liquidación de las armas químicas (en nuestra opinión, existen unas premisas para hacer decisivo en este sentido el año 1989);
- Entablar negociaciones sobre reducción de fuerzas y armas convencionales en Europa.

Se trata asimismo de los problemas económicos, ecológicos y humanitarios en su sentido más amplio.

Pero sería erróneo atribuir los cambios positivos en la situación internacional solamente a la URSS y los EE.UU. La Unión Soviética valora en alto grado el ponderable y original aporte hecho por los demás países socialistas al proceso de saneamiento de la situación internacional. En el curso de las negociaciones no sentimos siempre la presencia de otros Estados importantes, nucleares y no nucleares. Asimismo, otros muchos países medios y pequeños —comprendidos, naturalmente, el Movimiento de No Alineados y el Grupo de los Seis— vienen desempeñando en ello un papel sumamente importante.

En Moscú observamos con satisfacción el hecho de que el peso de la responsabilidad común lo esté dispuesto a asumir el cada vez mayor número de estadistas, políticos, dirigentes partidarios, personalidades sociales y —lo que para mí es especialmente significativo— científicos, hombres de la cultura, movimientos sociales, iglesia y actividades de la denominada diplomacia popular. En este contexto creo que merece atención la propuesta de reunir regularmente, bajo la égida de la ONU, la asamblea de organizaciones sociales.

No propendemos simplificar la situación en el mundo. Es cierto que la tendencia al desarme ha recibido un fuerte impulso y que este proceso va cobrando fuerza inercial propia. Pero todavía no se ha hecho irreversible.

Es cierto que la voluntad de renunciar a la confrontación en favor del diálogo y cooperación se ha manifestado con vigor. Pero esa voluntad todavía no se ha consolidado definitivamente en la práctica de las relaciones internacionales.

Es cierto que el avance hacia un mundo desnuclearizado y no violento es capaz de transformar radicalmente la fisonomía política y espiritual del planeta. Pero se han dado sólo los primeros pasos, por lo demás acogidos con desconfianza en determinados círculos influyentes, y estos pasos chocan con resistencia.

La herencia y la inercia del pasado siguen pesando. Las profundas contradicciones y las raíces de muchos conflictos no han desaparecido. Y ahí está un hecho fundamental: la formación de un mundo pacífico tendrá por marco la existencia y la rivalidad de los distintos sistemas socioeconómicos y políticos.

Sin embargo, el sentido de nuestros esfuerzos internacionales, así como uno de los postulados básicos de la nueva mentalidad, consisten precisamente en imprimir a esa rivalidad el carácter de emulación razonable en términos de respeto por libertad de opción y el equilibrio de intereses. En este caso ella será útil y productiva desde el punto de vista del desarrollo mundial. De lo contrario —si la carrera armamentista sigue siendo su principal componente—, esa rivalidad será fatal. Y es cada vez más la gente en todo el mundo —desde ciudadanos sencillos hasta dirigentes— que van tomando conciencia de ello.

Concluyo mi primera intervención en la Organización de las Naciones Unidas con el mismo sentido con que la he comenzado: con el sentido de responsabilidad ante mi pueblo y ante la comunidad mundial.

Este encuentro se produce en las postrimerías de un año que ha significado mucho para las Naciones Unidas y en vísperas de un año nuevo con el cual relacionamos muchas esperanzas.

Es de creer que esas esperanzas nuestras serán correspondidas por nuestros esfuerzos conjuntos, para acabar con la era de las guerras, confrontaciones y conflictos regionales, con la agresión contra la naturaleza, con el terror del hambre y la miseria, con el terrorismo político.

Tal es nuestro objetivo común y sólo con esfuerzos comunes podremos conseguirlo.